

Pues hoy que una madre os vuelve  
Para quererla y cuidarla,  
Tambien os vuelve una amiga  
Que adorais con toda el alma.

—¿Hablais de Luz?...—Sí; hablo de ella;  
Que cautiva y encerrada  
La tenia un vil doctor  
Que ciego la idolatraba.

—¡Ah!... ¿dónde está?... ¿dónde está?...  
Matilde exclamó con ansia,  
Alzándose de su asiento:  
¿Do está la hija de mi alma?...

—¡Vuestra hija!... dijo Mamerto.  
—Sí: exclamó Luisa: es mi hermana!...  
Es mi hermana, y sin saberlo  
Tanto yo la idolatraba.

¡Ah!... Mamerto... por piedad,  
Si sabeis dónde se halla,  
Haced que venga al instante  
A su madre á ver y hermana.

—Voy corriendo: dijo el jóven.  
Y sin detenerse nada,  
Salió corriendo del cuarto,  
Y de don Luis fué á la casa.

## PASO SEPTIMO.

### PATRIOTISMO.

Empéñase la lid: la muerte alada  
En uno y otro bando se detiene.  
R. RUBÍ.

Han pasado algunos dias  
Desde la noche en que el cielo,  
Libertó á Carmen y á Luz  
De sus raptos perversos.

Han pasado muchos dias,  
Y tambien muchos sucesos,  
Aunque de interes ninguno  
Para los misterios nuestros.

En la casa de don Lúcas  
Están en este momento  
La bella Elisa y su amante,  
El agradable don Diego.

Con interes la primera  
Contempla á su amante tierno,  
Que pálido está á su lado  
Aunque al parecer sufriendo.

Pero oigamos lo que dice  
Con dulce y sentido acento  
A su hechicera inocente  
El cariñoso don Diego.



—Perdóname, Elisa mia,  
Si en vez de hablarte de amor,  
Solo puedo en mi dolor  
Hablar de la guerra impía.

Mas al oír del cañon  
El funesto horrible trueno,  
¿Cómo, Elisa, estar sereno  
Con calma en el corazon?

Donde vibran los aceros  
Si en este instante estuviera,  
Si no triunfaba, muriera  
Con mis bravos compañeros.

Pero lejos del silbido  
De las balas, triste suerte!  
¿De qué me vale ser fuerte  
Si estoy, por mi mal, herido?

—Pues ¿qué mas puede ecsijir  
La patria, mi Diego amado?  
Tú has tu sangre derramado  
Por ella por combatir.

Tú en Churubusco tu pecho,  
Como todos tus amigos,  
Pusiste á los enemigos  
Que venian con despecho.

En mi oído aun creo zumba  
Del cañon el trueno impío:  
Churubusco fué, bien mio,  
Del yankee la horrible tumba.

—¡Oh! sí: allí los mejicanos  
Hicieron de honor alarde:  
Allí no se vió un cobarde  
Ante enemigos tiranos.

Allí el enemigo vió  
Tras de la acción inclemente,  
Sí, que no por mas valiente  
Sobre nosotros triunfó.

Sino porque la fortuna  
Se miraba de su lado:  
Aunque de sangre dejado  
Hubieron una laguna.

—Y si no puedes luchar  
Hoy en Molino del Rey,  
Bien conocerá tu grey  
Que debes tener pesar.

—¡Oh! conocen mi valor  
Bien todos, Elisa mia,  
Para que á vil cobardía  
Atribuyan mi dolor.

Mas ¿quién viene á interrumpir  
Nuestro coloquio, bien mio?

—Es Arcadio: el hombre impío  
A quien no puedo sufrir. —

Y efectivamente él era  
Que afanoso y asustado,  
Corriendo de Elisa al lado  
La habló de aquesta manera.



*Arc.* — Elisa. — ¿Qué hay, don Arcadio?

*Arc.* — La batalla hemos perdido  
Después de un fuerte combate,  
Y ha triunfado el enemigo.

*Die.* — ¡Qué escucho! — *Arc.* — De la azotea,  
Con un antejo hemos visto,  
Enarbolar la bandera  
De las estrellas. — *Elis.* — ¡Dios mio!...

*Arc.* — Confieso que por curioso  
Me he encontrado en gran peligro,  
Porque no hay mas que una legua  
De do la acción fué, á este sitio,

Y alguna bala perdida  
Bien podía haberme herido.

*Dieg.* — ¡Oh! ¿qué hacer?... ¿Será posible  
Que sucumbamos, Dios mio?...

Venga un fusil, que imposible  
Es permanecer tranquilo,  
Cuando la patria se encuentra  
En inminente peligro.

*Elisa.* — Diego, no salgas, no salgas;  
Mira que yo lo prohibo,  
Porque es segura tu muerte,  
Porque te encuentras herido.

Cálmate, yo te lo ruego:  
Aquí quédate conmigo,  
Y en las calles su sepulcro  
Halle el yankee fementido.

*Arc.* — Los cobardes militares  
Que han esquivado el peligro,  
Y del cañon al estruendo  
Huyeron despavoridos,

La causa son de que ganen  
Y venzan los enemigos.  
¿Do se han portado como hombres?...  
¿Do su valor hemos visto?...

Solo en las revoluciones  
Que aquí siempre hemos tenido:  
Mas contra el americano,  
Mujeres, no hombres, han sido.



*Diego.*

Callad, callad, Arcadio: vuestra lengua  
No siga á nuestro ejército insultando:  
Los cobardes cual vos, y no otro alguno,  
Quieren llenar de oprobio á los soldados.

¿En dónde su valor decís se halla?...  
¿Olvidais ya que en la Angostura, bravos,  
Sin temor á la muerte, al enemigo  
Inespugnables puntos le quitaron?..

¿Dónde está su valor?... ¿Quién como ellos,  
Desnudos, sin comer, de todo faltos,  
Sin esperar jamas premio ninguno,  
A una segura muerte se han lanzado?...

¡Cobardes!... ah!... mentís!... no son cobardes:  
No son cobardes, no, los que arrestados,  
A los combates vuelan, y sus pechos  
Al fuego ponen de enemigos bravos...

Cobardes son los hombres que nada hacen  
Y se empeñan tan solo en denigrarlos:  
Los hombres como vos, baldon del nombre  
Que llevan, por mi mal, de mejicanos.

¿Quién como ellos, al mirarse siempre  
De la nacion entera despreciados,  
Defiende á esa nacion misma que ingrata,  
No le alargó jamas benigna mano?....

Ninguno, no, ninguno: solamente  
Han podido sufrir nuestros soldados  
Destino tan crüel... ¿Y hay quien los veje  
Y diga son cobardes?... ¿Puede acaso,

Esponer ya mas que la vida el hombre?...  
 No puede nunca mas; pues ellos, bravos,  
 Pródigos de su sangre, en los combates  
 A vencer ó á morir se han presentado.

Mas si á inespertos jenerales ceden  
 Dé un ejército de héroes el mando,  
 Siempre serán vencidos, aunque luchen  
 Con furia estrema hasta morir matando.



Así don Diego hablaba,  
 Cuando don Lucas, fiero,  
 Entró con otros muchos  
 Soldados y corriendo.

--¿Qué hay, padre?... dijo Elisa,  
 --Nos abandona el cielo,  
 Don Lucas contestóla:  
 Del campo el yankee es dueño.

Ha perecido casi  
 Mi batallon entero,  
 Que defendiera fuerte  
 A palmos el terreno.

Pero Leon, Balderas,  
 Y mil bravos como ellos,  
 Han perecido, y todos  
 Los jefes mas serenos.

Tres veces se han cruzado  
 Las bayonetas de ellos  
 Con las terribles nuestras  
 En el combate horrendo.

Tres veces; y en ninguna  
 Un palmo de terreno  
 Quitarnos han logrado,  
 Que estaba en sangre lleno.

El batallon de *Mina*,  
 El *Once y Tres Lijero*,  
*San Blas* y algunos otros  
 Allí lucharon fieros:

Allí entre el enemigo  
 Unidos y revueltos,  
 Mataban y morian  
 Con indecible esfuerzo.

Y allí la faz del yankee  
 Palideció de miedo,  
 Y al fin volvió la espalda  
 A los aceros nuestros.

Pero murió Balderas,  
Murió Leon... y al vernos  
Sin uno que mandara,  
Nos vimos pronto envueltos.

Cada uno combatía  
Con furia y con aliento,  
Pero el desórden fué  
Nuestro contrario fiero.

¡Oh, cuánta sangre, cuánta  
De amigos y de deudos,  
Hoy ha corrido, Elisa,  
En el combate horrendo!

Don Luis ha hecho prodijios;  
Preciso fué traerlo  
Para que no cayera  
Al cabo prisionero.

—¿Y dónde, padre mio,  
Se encuentra don Mamerto?  
—¡Ay! combatió cual bravo,  
Y al fin cual héroe ha muerto.

—¡Ha muerto!... dijo alzándose  
De donde estaba, Diego.  
—¡Ha muerto!... añadió Elisa.  
Y sucedió el silencio.

## PASO OCTAVO.

### A LAS PUERTAS DEL SEPULCRO.

Piedad de mí que desdichada he sido:  
Encuentre al menos mi dolor piedad.

G. GUTIERREZ.



En un lecho limpio y blando,  
Una jóven yerta y fria,  
Yace casi en agonía,  
Pálida como el papel.  
Y á su cabecera tiene  
Dos mujeres que la miran,  
Y que sin cesar suspiran  
Por el tormento crúel.

Un jóven á los piés, triste,  
Tambien se ve en tal instante,  
Ocultando su semblante  
En sus manos con dolor.  
Y de los tres en los ojos  
Brillan lágrimas lucentes,  
Como gotas trasparentes  
En el cáliz de la flor.

El silencio mas profundo  
Reina en el cuarto de duelo,  
Donde á todos, sin consuelo,  
Se les oye suspirar.  
Hasta que la enferma mísera  
Saliendo de su letargo  
Estremadamente largo,  
De esta suerte llegó á hablar.

—Luz ¿dónde estás?...—Aquí, Luisa:  
Dijo la jóven que estaba  
A su lado, y la miraba  
Con ternura y con amor.  
—¡Cuán buena eres!... tú y mi madre  
Sois los dos ánjeles tiernos  
Que mis pesares internòs  
Consolais y mi dolor!....—

Y les apretó la mano  
A las dos con gran ternura;  
Y á sus labios, con dulzura  
Las llevó para besar.  
Y en ellas fijó los ojos,  
Y al verlas vertiendo llanto,  
Las dijo:—“De mi quebranto  
Os hago participar....”

¡Ah!... pero pronto.... sí, pronto  
Dejaré esta amarga vida,  
Que siempre triste, aflijida,  
Pasé desde que nací.  
Pronto volaré á ese cielo  
De eterna dicha y brillante,  
En donde mora el amante  
Que en este mundo perdí.

¡Mamerto!... Mamerto mio!...  
Tú que de dicha me hablabas,  
Y un mundo ¡ay Dios! me pintabas  
De delicias y de amor....  
Tú que en el fondo del pecho  
Lees de aquesta muribunda,  
Ves ¡ay! que mi pecho inunda  
De tu recuerdo el dolor.

¡Ah!... tú siquiera, Luz bella,  
 Después de tantos tormentos,  
 Disfrutas dulces momentos  
 Con el hombre que es tu bien.  
 Tú siquiera te has unido  
 Al mortal que idolatrabas,  
 A ese Luis de quien me hablabas  
 Y que te adora también.

Todos ¡ay! todos felices  
 Al fin son, hermana mía,  
 Mientras yo, en la tumba fría  
 Voy en breve ádescansar...  
 Y ¿no ha venido tu esposo?...  
 ¿No ha venido Luis contigo?...  
 ¡Ah!... no querrá estar conmigo  
 Cuando ya voy á espirar.

—Aquí estoy, el jóven dijo,  
 Acercándose hasta el lecho  
 Y en llanto amargo deshecho:  
 Aquí estoy, Luisa... mirad...  
 —¡Gracias!... ¡gracias!... contestó ella:  
 Dios me envia este momento:  
 El último de contento  
 Para ir á la eternidad!

—Luisa, hija mia, no pienses  
 En morir: dijo Matilde:  
 Tú, tan bella y tan humilde,  
 Mi consuelo aquí has de ser.  
 No quieras verme llorando  
 En este mísero suelo,  
 Cuando empezaba el consuelo  
 En mi pecho á renacer.

—¡Madre mia, ya es inútil  
 Todo para mí en el mundo,  
 Yo muero al dolor profundo  
 Que en mí dejara el amor....  
 Yo muero, sí... ya no queda  
 Para mí esperanza alguna...  
 Y es la muerte una fortuna  
 Para quien vive en dolor!...—

No bien dijo estas palabras,  
 Cuando el padre B... tranquilo,  
 Con otro padre camilo  
 A la estancia llegó á entrar.  
 Y todos se levantaron  
 Al mirarlos, de su asiento,  
 Y el camilo fué al momento  
 Con la moribunda á hablar...

Y la hizo algunas preguntas,  
 Y la enferma desdichada,  
 Contestó:—"No tengo nada:  
 Nada me llega á ocurrir..."—  
 —Bien: contestó el sacerdote:  
 Dios una muerte os envia  
 Dulce; y muy pronto, hija mia,  
 Vais á su lado á vivir...—

Y á rezar en voz muy baja  
 El buen ministro se puso,  
 Como manda, y como es uso,  
 Nuestra santa relijion.  
 Y matilde y Luz volvieron  
 De la enferma al punto al lado  
 Que las habia llamado  
 Al ver que iba á otra mansion.

Y volviendo de su hermana  
 Y de su madre querida,  
 A estrechar enternecida  
 Las manos y á las besar.  
 Reclinó sobre su almohada  
 Su cabeza seductora;  
 Y despues de media hora  
 La infeliz llegó á espirar.



## CONCLUSION.

—  
 Todo en el mundo pasa.

R. Rubí.



Cuando preso don Pedro se vió y solo,  
 De la muerte al recuerdo tembló su alma,  
 Porque al contar sus crímenes veia  
 Que su castigo Dios le preparaba.

Veía que el perdon era imposible  
 Tras de delitos tantos que contaba,  
 Y que el doctor los publicara á gritos  
 En la noche fatal que le matara.

Así es que cuando el juez inescorable  
 Preguntas le hizo de su vida varias,  
 De plano confesó todos sus crímenes,  
 Porque perdida conoció su causa.

Porque negar él conoció seria  
 Sufrir una prision horrenda y larga,  
 Sin provecho ninguno, cuando todos  
 Por donde quiera, fieros, le acusaban.

Mas á don Braulio delatar no quiso  
 Ni á ningun otro aliado; y sus palabras  
 Se redujeron á decir que él solo  
 La muerte merecia sin tardanza.

Así es que pronto la sentencia horrenda  
 De muerte, le leyeron que esperaba  
 Y que ahorcado debia ser en público  
 Como ladron y malhechor de fama.

A la palabra ahorcado, demudóse,  
 No por miedo á la muerte en su desgracia,  
 Sino porque era muerte deshonrosa,  
 Y de vergüenza un resto conservaba.

Mas al ver que remedio no tenia  
 Y que en capilla el infeliz estaba,  
 Resueltamente se tomó un veneno  
 Que en su bolsillo siempre lo llevaba

Este el tremendo fin fué de don Pedro,  
 Fin horroroso como sus infamias:  
 Fin del malvado; porque nunca deja  
 Impunes Dios los crímenes del alma.

Y así como no deja los delitos  
 Sin castigo, aunque tarde nos lo manda,  
 Tampoco deja sin su justo premio  
 La virtud de los séres que le acatan.

Por eso Carmen y don Carlos vieron  
 Premiados sus afanes y constancia,  
 Y se unieron con lazos sempiternos,  
 De un Dios tan tierno en las divinas aras.

La sufrida María, cuyo esposo  
Murió á los golpes de dos fuertes dagas,  
Tambien á don Ramiro vióse unida,  
Que ciego como siempre la adoraba,

Y Matilde, á quien tiernos los sus padres  
Por donde quiera siempre la buscaban,  
Al lado de ellos se volvió contenta,  
Querida por su madre y obsequida.

FIN DE LA OBRA.



